DT 01 78

Entre bastantes melómanos, la música de Tchaikovsky tiene fama de defectista y sensiblera, defectuosa en su forma e incluso ramplona. Algo hay de ello, más o menos según las obras, pero se exagera y sobre todo exageran los intérpretes con ejecuciones que agravan esas características. Pero pocos músicos hay más populares que Tchaikovsky y pocas obras más asentadas en el gran repertorio que sus dos últimas sinfonías y sus conciertos para piano y para violín.

Estas y otras obras de Tchaikovsky, Manfred, el trío con piano, la serenata para cuerdas, Romeo y Julieta, la cuarta sinfonía, un par de ballet, merecen un puesto en una discoteca básica empezando por la sexta sinfonía, la patética. La sexta sinfonía de Tchaikovsky, que es muy bella, melódica y orquestalmente, no es en absoluto banal y tuvo una gran influencia en la historia de la música. Su color orquestal, algunos de sus ritmos y sus desarrollos temáticos hacen de ella una de las grandes sinfonías del repertorio.

Casi todos los grandes directores han grabado la sinfonía patética y casi todos han dado de ella buenas interpretaciones, aunque a mí me gusten más unas que otras. Reúnen una cierta unanimidad de la crítica las dos versiones de Giulini, la de Karjan del 77, las históricas de Furtwängler y de Mravinsky, las modernas de Askenazy, Bem y Muti y la que estamos escuchando de Abado.